

La nación Digital

Opinión

El patio de los niños

- *La inmigración debe regularse en función del país receptor*

Luis Carlos Ramírez Zamora



El territorio de una nación pertenece a todos al igual que es de todos, no solo de los padres, el patio de la casa. Todo padre responsable cuida con esmero del lugar donde juegan sus niños. Me parece que los últimos gobernantes, especialmente don José María Figueres y don Miguel ángel Rodríguez, han sido en particular descuidados con el patio de la casa que es de todos, no solo de los gobernantes y de algunos empresarios ávidos de mano de obra barata.

Nuestra nación, pobre, indefensa e ingenua, ha recibido en los últimos 10 años una cantidad desproporcionada de inmigrantes. En medio de la pasada amnistía, la embajada de Costa Rica en Nicaragua tramitaba unas 200 visas diarias. ¡Un gesto de buena voluntad!

Uno de cada cinco. Se calcula que en los últimos años recibimos unos 750.000 inmigrantes centroamericanos. De ser eso cierto, uno de cada cinco habitantes del territorio nacional es un inmigrante recién llegado. Esta inmigración posiblemente no tiene parangón en la historia reciente. No creo que exista, hoy, país alguno que haya recibido del extranjero una quinta parte de su población. Traslademos por un momento este porcentaje al seno de algunas naciones grandes, para tener una idea cabal de lo que hemos hecho. En los Estados Unidos dicho porcentaje significaría más de 50 millones... pero así no son las cosas en las templadas latitudes, donde las actitudes e ideas suelen ser más frías y calculadas. En Italia, por ejemplo, el país entero se conmocionan con el ingreso de unos cuantos miles de albanos-kosovares.

Es cierto, como bien afirma don Francisco Pacheco, que es imposible detener totalmente el flujo de inmigrantes de un país menos próspero a uno más próspero. La inmigración es una

constante histórica que seguirá existiendo. Es la historia de José y María en Egipto y de nuestros antepasados ibéricos. Más eso no significa que no deba regularse en función de las necesidades y prioridades del país receptor. Ni tanto que quemé al santo ni tan poco que no lo alumbre. En la Grecia y en la Roma imperial no era cualquier hijo de vecino quien lograba carta de ciudadanía. Ahí radicaba una de sus fortalezas como grandes eslabones de la civilización occidental. ¿Qué sucedería en España si abriera sus fronteras de par en par a sus empobrecidos vecinos saharianos?

Restricciones razonables. ¿Y qué sería de la gran Francia si hubiera permitido que decenas de millones de sus excolonos se hubieran afincado en su territorio sin restricciones? Como es obvio, a nuestros gobernantes se les fue la mano, o, mejor dicho, se quedaron cortos en imponer restricciones justas y razonables.

¿Cómo le explicarán los dirigentes actuales a sus hijos y nietos que en un par de décadas permitieron sin ningún reparo la entrada de decenas de miles de inmigrantes, sin pensar en los recursos limitados de nuestra pequeña y pobre nación? ¿Cómo explicarán que mientras aquí se tramitaban miles de permisos diarios, en el consulado costarricense en Managua los funcionarios a su vez tramitaban centenares, sabiendo que la mayoría de ellos -así lo han confesado los funcionarios- eran con propósitos de emigración definitiva?

Esta avalancha humana ha sido justificada y acuerpada con multitud de artículos en la prensa y comentarios en la televisión que hablan de la solidaridad y del espíritu de buenos vecinos de los costarricenses. No importa que el patio de los niños esté lleno y que los juguetes no den abasto. Eso no importa, sí el ser buenos vecinos. Salvo la voz valiente y clara del profesor Fernández Lobo, que alerta sobre esta inmigración que ha llenado nuestros hospitales de tuberculosis y nuestras escuelas de niños sin principios de civilidad, no se oyen voces que clamen por una actitud responsable respecto a la inmigración. Lo que sucede, en parte, es que quienes escriben sobre la política de buenos vecinos no tienen hijos en las escuelas abarrotadas ni deben levantarse a las 4 de la madrugada a hacer largas filas en el Seguro Social.

Prevenir xenofobia. El Dr. Rosero Bixby, notable erudito de la demografía, afirma que en el futuro la inmigración será el factor determinante en la constitución demográfica de Costa Rica. Debemos tomar con toda seriedad este asunto, porque el patio es de todos, no de unos cuantos, y podría ocurrir que se llene a reventar. Debemos dar paso a un debate racional, respetuoso y moderno sobre las políticas de inmigración, donde no haya descalificaciones a priori, para evitar en el futuro la emergencia de grupos xenofóbicos.

Cuando se escriba la historia costarricense del último tercio del siglo XX, sobresaldrá la incalculable irresponsabilidad de la élite política nacional que permitió, tal vez, la desfiguración del alma nacional al favorecer la inmigración masiva de nicaragüenses que, amén de mano de obra barata, nos aumentaron la tuberculosis, violencia familiar, analfabetismo e incivildad. Bajo el alero del argumento de la buena vecindad no se reparó en la posibilidad de desfigurar nuestra democracia y nuestras instituciones de bien público, que con paciencia, dolor y sangre construimos a través del tiempo.